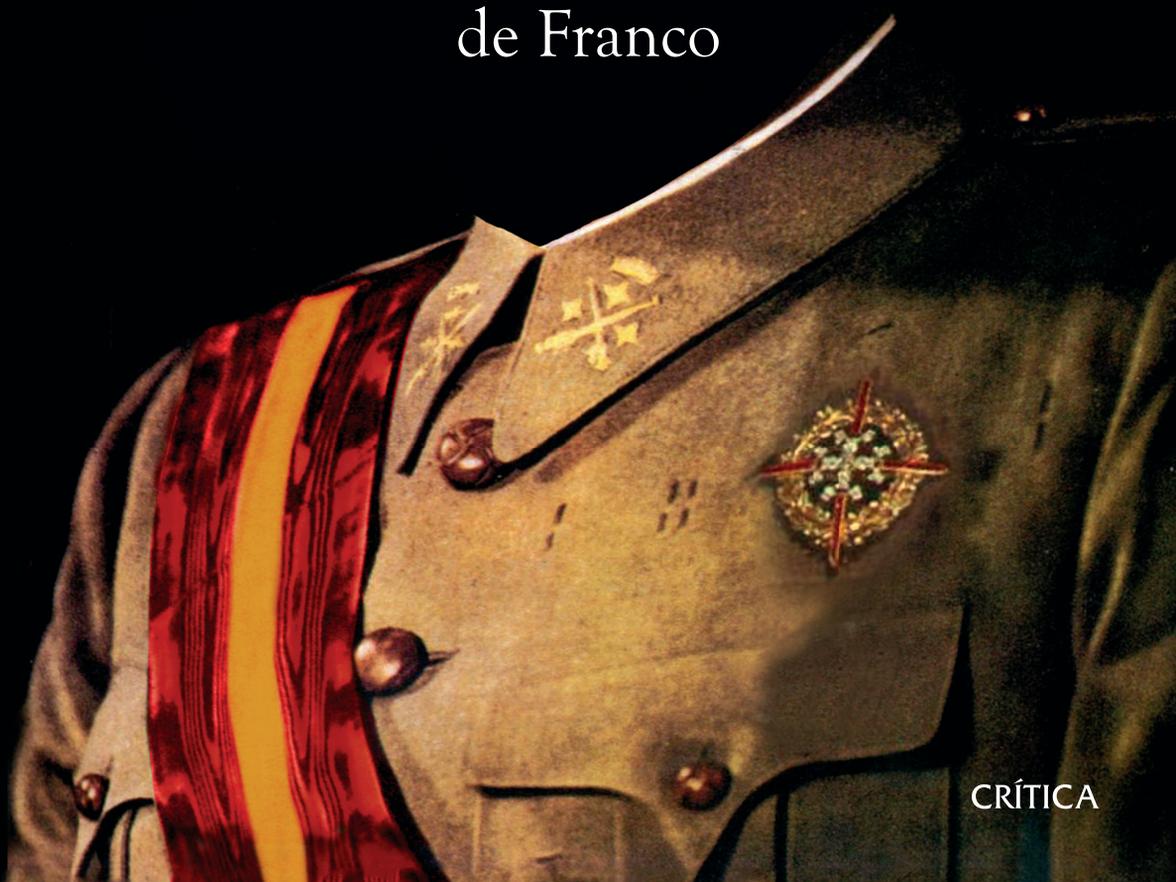


ÁNGEL VIÑAS

LA OTRA CARA DEL CAUDILLO

Mitos y realidades
en la biografía
de Franco



CRÍTICA

Ángel Viñas

LA OTRA CARA DEL CAUDILLO

*Mitos y realidades
en la biografía de Franco*

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2015
Primera edición en esta nueva presentación: enero de 2019

La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco
Ángel Viñas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ángel Viñas, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-065-9
Depósito legal: B. 28769 - 2018
2019. Impreso y encuadernado en España.

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

1

Un pasado de plastilina

LA DICTADURA DE FRANCO fue siempre mucho más que su persona. Ahora bien, Franco desempeñó un papel central en su configuración. No fue nunca un pensador político al estilo de Mussolini ni se hizo el portavoz de una ideología que aspirase a mover la historia hacia un estadio final como Hitler o Stalin. Tampoco hay constancia de que se viera atenuado por grandes dudas intelectuales. Su dictadura fue una obra colectiva de bases reaccionarias en la que, desde sus orígenes, se distorsionó y se falsificó el pasado y, por supuesto, el recorrido de su líder. El Caudillo y sus seguidores construyeron un andamio que sirvió de legitimación a un sistema que aborrecía los partidos políticos y desde el cual aplicaron a un país en parte cautivo la «democracia orgánica». Hasta el final.

LA DICTADURA COMO UNIDAD HISTÓRICA

Uno de los mecanismos esenciales, aunque no el único, destinado a asegurar la supervivencia fue la combinación de una propaganda asfixiante, la exaltación de una cultura de guerra y una represión sin paralelos. Larga y consistente, desde el punto de vista de Franco la combinación resultó una inversión excelente. Sus objetivos primarios no fueron excesivamente sofisticados: insuflar moral —y con frecuencia empleos— a los leales y amedrentar a la oposición en su desesperada lucha por sobrevivir. Hoy, todavía, hay historiadores que están en línea con la olímpica y presuntamente generosa actitud que, según el propio Franco, adoptó él mismo. Siempre se silenció en España durante su larga dictadura que fue en realidad el ingeniero y propulsor de una violencia sistémica (que, por lo

demás, millones de españoles sufrieron de una u otra manera). Dejémosle la palabra:

Ha habido condenas y ejecuciones después de la guerra de Liberación y también desde luego que debió haber algunos actos exagerados [*sic*]. Pero los errores fueron escasos y se puede afirmar que después de la victoria de 1939 solo los delitos de Derecho común se castigaron.¹

Ni que decir tiene que la salvaje represión también ha sido silenciada en mucha de la historiografía extranjera o, por lo menos, se ha disminuido. No ciertamente en el caso de Paul Preston. Un autor muy reciente y tal vez excesivamente alabado como Tim Snyder se permitió escribir un libro de impactante título, *Tierras de sangre*, pero pasó por alto olímpicamente las víctimas de Franco y también las de aquellos otros europeos que, aparte de los españoles, tuvieron la desgracia de caer en manos de los nazis. No llegaré a afirmar que se trata de un libro exculpatorio de Hitler (aunque ciertamente es inculpatario de Stalin), pero sus omisiones son tan elocuentes a veces como las afirmaciones.²

Salvo en los años más fascistizados (no en la segunda mitad del decenio de los sesenta y principios de los setenta) tampoco hubo demasiados intentos consistentes de movilizar masivamente a la población, excepto en las grandes ocasiones patrias o para conmemorar las fechas sagradas del calendario militar-nacionalcatólico. Bastaba con que la gente se comportara de manera adaptativa. A lo que no se renunció fue a manipular las jóvenes conciencias: la enseñanza, sobre todo la primaria, se traspasó a una Iglesia militante, retrógrada, trentina (en el sentido literal e histórico del concilio del siglo XVI, de evocación tan habitual en aquellos años oscuros). La historia la escribieron militares, policías, sacerdotes y periodistas complacientes (amén de académicos que en condiciones de libertad de expresión y de competencia profesional es difícil que hubieran alcanzado los laureles con que fueron agraciados).³ La figura del Caudillo ca-

1. En entrevista con Serge Broussard, *Le Figaro*, 12 de junio de 1958. Añadió que «nadie se ha visto perseguido por causa de sus ideas». Estas nociones permeabilizan la literatura neofranquista más actual.

2. Evans, pp. 396-398, es uno de los no muy numerosos autores que se ha atrevido a poner objeciones a los planteamientos de Snyder. Este simplemente se ha centrado en la zona que mejor conoce, como si fuese el único epítome de Europa.

3. El capítulo 5 de la obra dirigida por el profesor Otero Carvajal, escrito por Pallol Trigueros, analiza las oposiciones a cátedras de Historia en la posguerra. El lector que se acerque a sus páginas se llevará más de una sorpresa. Debiera ser de consulta obligada para todos los estudiantes del grado de Historia.

rismático se ensalzó hasta las nubes. Se desechó cuidadosamente todo lo que pudiera empañarla.

Existen largas y complejas discusiones acerca de si la dictadura debe considerarse o no como unidad histórica. Fue un período largo (de entre 35 y 40 años, según se mire) en el que tanto ella como la sociedad sobre la cual se proyectó, por no hablar del entorno internacional, cambiaron considerablemente. Existen numerosas diferencias, sobre todo aparentes, entre 1950, por ejemplo, y quince o veinte años más tarde. Cómo abarcar una realidad en devenir no es, sin embargo, un problema desconocido del historiador.

En esta perspectiva uno de los aspectos que hay que explicar es la pervivencia de ciertas características fundamentales. Son precisamente las que me conducen a la tesis de que, por muy intensos que fueran los cambios ocurridos a lo largo del período, algunos ejes diamantinos subsistieron de forma más o menos inalterable. Son los que dotan de la suficiente consistencia al trecho comprendido entre 1939 y 1975 y hacen pensar que la dictadura franquista constituye una unidad de análisis claramente definible y definida.

En este primer capítulo ubicaré tales ejes diamantinos en cinco planos: el decisional, el institucional, el de las asunciones de las clases dominantes, el de las relaciones con el entorno y el cultural. Otros autores preferirán fijarse en ejes diferentes y/o subrayar las continuidades y discontinuidades que en unos u otros se produjeran. Hubo modificaciones que afectaron a varios, pero esto no obsta para que, a mi entender, el historiador deba plantearse como tarea inexcusable explicar las continuidades vislumbrables en, al menos, los cinco ejes mencionados.

i) En el plano decisorio

El primero fue la pervivencia, hasta el final, de la situación inexpugnable de Franco. Su origen es transparente. El mecanismo en el que se apoyó fue el derivado del que, en septiembre de 1936, pusieron en marcha unos cuantos de sus connilitones. Estos comprendían la necesidad imperiosa de contar con una unidad de mando. En términos estrictos no fue sino una mera cooptación hiperrestringida y con solo un candidato. La alternativa, mantener una cierta pluralidad de decisores, no era demasiado aceptable para la mentalidad militar. Con razón. El acceso de Franco a la suprema magistratura fue producto de una situación excepcional en la que la sublevación no había triunfado tan fácilmente como se espe-

raba y en la que se encaraba una guerra civil en toda regla. No hay que buscar ni carisma ni ungimiento alguno «por la gracia de Dios». Esto vino después de la mano de la propaganda y mitografía.

En ningún caso se modificó más tarde el papel de Franco como instancia última e inapelable. Por muy duras y fundadas que fuesen las discrepancias entre las facciones que soportaban la dictadura, la voluntad de SEJE fue siempre determinante en último término, bien porque decidiera de por sí o porque zanjara entre los méritos y deméritos que subyacían a los conflictos. El análisis de esas confrontaciones internas constituye un filón sumamente sugestivo para profundizar en la significación de la dictadura en su *tempo* histórico.⁴ En este libro echaré alguna nueva luz sobre la extraordinaria capacidad decisoria de Franco y, en particular, sobre las materializaciones secretas que, casi en su totalidad, han permanecido oscuras o desconocidas hasta la actualidad.⁵

ii) *En el plano institucional*

En este segundo eje destaca la pervivencia de una arquitectura cortada a la medida de las necesidades internas y externas. Son tres los rasgos esenciales que se enrollan en torno a él.

El primero fue la carencia de partidos políticos reconocidos legalmente. Han existido dictaduras, tanto en el mundo comunista como en el capitalista, que han permitido la aparición de partidos subalternos más o menos subyugados. Incluso uno de los regímenes comunistas más duros en Europa, el de la antigua República Democrática Alemana, mantuvo la apariencia de la pluralidad partidista en su (corta) historia. El franquismo no la aceptó nunca. El haz de fuerzas situado tras los sublevados al comienzo de la guerra civil se vio incorporado *manu militari* a un difuso, y confuso, «partido único». Auténtica caja de sastre, perduró hasta el fin. No por casualidad.

El segundo rasgo lo constituyó la proscripción de todos los partidos y movimientos políticos alternativos, en particular en la izquierda, aunque tampoco escaparon algunos en la derecha. En este último caso, sin embargo, la amenaza que sobre ellos pendió fue menor en la medida en que

4. Es el enfoque que ha seguido el profesor Sánchez Recio, 2008.

5. Aunque de algunas ya se ha hecho mención en la literatura, el lector no debe temer que los últimos biógrafos de Franco en el momento de revisar estas líneas hayan entrado mínimamente al quite. Una casualidad.

no osaban poner en entredicho radicalmente el entramado institucional y la preeminencia del Caudillo.⁶ Aquella persecución no solo fue «legal» en cuanto que unos y otros contravenían el ordenamiento «jurídico» realmente existente. Tuvo una vertiente mucho más expeditiva. La fuerza coercitiva del Estado se aplicó con vigor. De la eliminación física pura y simple de los primeros años a la represión económica y moral, la dictadura no retrocedió nunca ante la imposición de penas sumamente severas. Numerosos son los autores que han destacado que el franquismo nació en la sangre, chapoteó en la sangre (derramada con particular efusión en los años cuarenta) y empezó a naufragar en la sangre.

La actividad represiva permeabilizó, de hecho, al Estado franquista en sus distintos escalones desde 1936 a 1975. Fue uno de sus más obvios rasgos estructurales⁷ y que siempre ha sido amortiguado todo lo posible en la «historietografía»⁸ que le es propicia. Todavía en la actualidad hay autores como Treglown que hacen sedicentes viajes por la cultura del franquismo⁹ pero, naturalmente, no se detienen demasiado en ella. Sobre todo antes de que Franco fuera convirtiéndose en personaje aceptable en Occidente por obra y gracia de los acuerdos con Estados Unidos.

Hoy sabemos mucho más de la represión que de casi cualquier otro sector de la actividad del régimen. La que se llevó a cabo bajo el control del Ejército durante la guerra civil y la posguerra fue poco a poco dando paso a otra más sofisticada, a cargo de las denominadas «Fuerzas de Orden Público», militarizadas, y que fueron apoyándose en mecanismos y organismos crecientemente especializados. En los años sesenta, su «modernización» desembocó en la aparición de un Tribunal de Orden Público que en

6. A diferencia de la moderna literatura alemana sobre la etapa nacionalsocialista, no entrecorrimo el término Caudillo como suele hacerse en ella con respecto al Führer. Es una costumbre que me parece ahistórica y, hasta cierto punto, engañosa.

7. Véase, por ejemplo, la obra coordinada por Aróstegui, 2012.

8. Concepto introducido por el profesor Reig Tapia y que denota una variante de la subliteratura más atenta a la defensa numantina del franquismo que al análisis de su realidad y comportamiento.

9. Quizá una sola frase, en un libro de 357 páginas, dé el tono. Se encuentra al principio, en la p. 8: «Al tratar de identificar qué tiene España de especial, descubrí enseguida que mucho tiene que ver con una obsesión por la “memoria” que está políticamente manipulada y es culturalmente amnésica». Afirmación repulsiva y repugnante. Sorprende que la haga alguien crecido en la cultura memorial británica en la que los Gobiernos de SM han invertido sumas considerables en identificar a los caídos y desaparecidos del Reino en las guerras mundiales y otras. Gracias a ello cualquiera puede obtener información, incluso por internet, de dónde se ubican los enterramientos en la medida de lo posible. Los españoles, evidentemente, no tenemos derecho a preocuparnos por identificar a aquellos de nuestros antepasados que no murieron por Franco.

gran medida descargó a la jurisdicción militar (pública y no pública). Pero no cabe volatilizar, como si de nada fueran, más de veinte años de represión multimodal¹⁰ en la que influyeron la tradición militarista/africanista española, los nuevos procedimientos nazis y la condena rígida y sin paliativos a toda la modernidad que se desparramó desde los púlpitos, los medios de comunicación social y, no en último término, el sistema educativo.¹¹

Por último, y como tercer rasgo, conviene subrayar la subsistencia de un sistema rígido de regulación cuasimilitar de las relaciones de clase. Fue uno de los mecanismos importados y de corte más típicamente fascista que aspiraba a traducir un presunto paralelismo de intereses entre patronos y obreros, empleadores y empleados, capitalistas y proletarios (púdicamente rebautizados como «productores»), amalgamados todos ellos en un mismo crisol. El resultado debía servir, teóricamente, para defender los supremos intereses del Estado como si estos fuesen dissociables de los de las fuerzas sociales que lo sostenían.¹² Retóricamente siempre se afirmó que tales intereses estaban muy por encima de cualesquiera otros ya que la «compenetración» solo perseguía un único objetivo: servir a la patria. Entendida, claro está, como aquella que definían los aparatos y mecanismos de un sistema hiperjerarquizado y en el que el jefe supremo era el único responsable «ante Dios y ante la Historia».

No importa, en este sentido, que el aparato tuviera que adaptarse a la evolución de la economía y de la sociedad, que en los años sesenta empezara a hacer agua por los cuatro costados, que se viese infiltrado por militantes comunistas y de la oposición¹³ y que terminara como el rosario de la aurora. La OSE (Organización Sindical Española) no desapareció hasta después de la muerte de Franco. Este comprendió que le tocaba desempeñar un papel absolutamente básico para la supervivencia de su régimen, tal y como había ido configurándose.

10. En este aspecto debería ser de lectura obligada la reciente obra de Moreno Gómez. Tengo curiosidad por ver cómo reaccionarán los historiadores neofranquistas para desbaratar su inmensa base de información empírica y su empleo, implacable, del método inductivo. La dictadura emerge en ella como el sistema más brutal de toda la historia de España, debidamente bendecido por la Iglesia católica en una jugada tanto maestra como grotesca.

11. Una visión rápida y global sobre el aparato represivo y su «modernización» en Gómez Bravo.

12. Franco no dudó en restregárselo a sus paisanos gallegos el 22 de junio de 1939: «Unos falsos principios os alzaban contra el capital, sin deciros que había una Patria que estaba por encima del capital y del trabajo». Las referencias al respecto son incontables.

13. En los años 1971 y 1972 los jefes de la OSE cesaron a la friolera de 17.643 enlaces sindicales por actividades subversivas. Riquer, 2015, p. 120.

iii) En las asunciones de la clase dominante

Este tercer eje alude a la defensa numantina de una supuesta «legitimidad de origen» predicada sin el menor desmayo. Ello se explica por múltiples razones ligadas al funcionamiento supuestamente desastroso del Estado republicano. En realidad siempre se quiso ocultar la incapacidad de las clases dominantes,¹⁴ desde el mismo 14 de abril de 1931, por aceptar una modificación, considerada intolerable, de algunos de los mecanismos en que se sustentaba la estructura económica y social de España. Los intentos de llevarla a cabo, sobre todo en el bienio progresista y en la primavera de 1936, se vieron acompañados por, y a la vez tradujeron, un profundo cambio de valores, aspiraciones y políticas. Había, pues, que cerrarles el paso.

Con los militares conspiradores se coligaron todas las fuerzas que representaban la España tradicional (con la impagable inyección de planteamientos «modernos» de origen fascista). En términos operativos los monárquicos alfonsinos, liderados por José Calvo Sotelo, fueron quienes prestaron la mayor contribución.¹⁵ Otra cosa es que el fascismo entonces realmente existente (en lo esencial en torno a Falange pero también en otras filas de la derecha) les disputara la supremacía y se llevara el gato al agua en la guerra civil, cuando se configuró política e históricamente la versión castiza de las importaciones foráneas.

La autoconcepción que ligó aquel conglomerado fue que sus componentes representaban las mejores tradiciones de España, las de una España eterna e inmortal que pugnaba por no perecer bajo las lacras de la modernidad y sus demonios: el liberalismo, la secularización, el socialismo y, sobre todo, el comunismo. El franquismo intentó dar un volantazo a la evolución social, política y cultural para retornar en lo posible a una situación mítica aunque «actualizada» primero por el fascismo, por un nacionalcatolicismo invasivo y finalmente por el «desarrollismo».

14. Quizá sea significativo que, salvo error, en el libro de Payne/Palacios no aparece el término «clase», obviamente en razón de sus deleznable connotaciones. Pero eso no significa que las «clases» hayan desaparecido del planeta y de la historia.

15. Un aspecto curioso en la abundante literatura apologética escrita sobre este personaje es la disminución de su papel y ocultación de su éxito como conspirador con la Italia fascista. En cambio, no tema el lector, la llorera y las lamentaciones ante el asesinato de su prócer perviven indemnes. ¿Qué hubiera ocurrido caso de haber podido escapar antes del golpe que llevaba meses induciendo? En la conexión militar con la Italia fascista no ha reparado, sorprendentemente, Cazorla, 2015.

Tal volantazo únicamente podía impulsarse desde la ocupación del poder político y del poder coercitivo del Estado. Alcanzado este, cualquier modificación ulterior, política e institucional se entendió como una concesión graciosa que se hacía desde las alturas decisorias y en condiciones cuidadosamente controladas. La dictadura aceptó cambios, sí, pero cambios que se encauzaron por canales estrechos, regulados e inasequibles a las demandas que no fueran las que se aceptaban en complejas transacciones internas.

Dicho poder estuvo siempre centralizado espacialmente. Su ejercicio fue elevado a la categoría de principio absoluto como reacción a la experiencia republicana de «devolución» a las nacionalidades históricas de una cierta capacidad de actuación. Se derogó el estatuto de autonomía vasco. Dos de las provincias vascongadas se vieron calificadas de «traidoras». El estatuto y la Generalitat de Catalunya fueron arrojados con vehemencia al basurero de la historia. El castellano, «idioma del Imperio», quedó configurado como única lengua oficial. Las aspiraciones fueron, naturalmente, más difíciles de extirpar, pero la feroz represión de los años cuarenta y cincuenta amenazó con reducir las a cenizas. Cuando renacieron, la dictadura las denunció duramente como atentatorias contra la «unidad de las tierras y de los hombres de España». Autonomía quedó equiparada indeleblemente con separatismo. Claro que una gran parte de las burguesías nacionalistas periféricas aceptó sin grandes problemas la nueva recentralización. Muchos de sus más destacados protagonistas incluso habían apoyado al naciente régimen durante la guerra civil.

iv) En las relaciones con el entorno

En el cuarto eje la noción fundamental es que Franco se preocupó de mantener las relaciones con el exterior a un nivel cortado a la estricta medida de sus propias necesidades, propinando unos giros u otros en función de la contribución que pudieran prestar a sus posibilidades de supervivencia personal. Sin dificultad aparente, pasó de una rotunda alineación con las potencias del Eje al abrazo americano. No obstante, nunca pudo superar del todo su «pecado original», es decir, la aversión más o menos acentuada que despertó en gran parte del entorno democrático por razón de su llegada al poder de la mano de las potencias fascistas y por el apoyo demostrado a estas durante la segunda guerra mundial. Es históricamente congruente que la dictadura se estrenara y se aproximase a su final en condiciones de repudio y bronca internacionales.

No es de extrañar, pues, que el primer rasgo en torno a este eje fuese la permanente desconfianza con la que el franquismo contempló siempre las relaciones con el entorno. Franco, Carrero Blanco y otras luminarias divisaban en el contexto internacional la actuación de fuerzas poderosas que pretendían sojuzgar y someter a España, nada menos, a su voluntad de dominio. Esta visión paranoica no desapareció nunca.

En consecuencia, un segundo rasgo muy acusado fue la práctica de una estrategia de retracción, rasgo particularmente acentuado en los primeros veinte años. Fue política pero se manifestó también con especial intensidad en la esfera económica y cultural, como ha mostrado Gregorio Morán. La interacción con el entorno se mantuvo a un nivel muy bajo y se aplicó hasta extremos inconcebibles una política de autarquía que siempre fue algo más que una mera prolongación de la de sustitución de importaciones y de reserva de mercado interno que se había practicado desde finales del siglo XIX.

Con todo ello fue aparejado el esfuerzo por alimentar y mantener el cierre de filas en torno al hombre providencial que, con mano firme y perspicacia sin igual, había establecido el rumbo a seguir por la PATRIA en un entorno proceloso, la había salvado de los horrores de la guerra mundial y la guiaba en los años de reconstrucción, paz y prosperidad. Que poco de esto tuviera que ver mucho con la realidad se veló cuidadosamente.

La débil interacción con el exterior no pudo mantenerse de manera indefinida. Tras la gran operación estratégica de cambio en 1959 de la política económica, manifestada en el plan de estabilización y la liberalización subsiguiente,¹⁶ no hubo más remedio que tolerar una modesta apertura externa, incluso en la esfera cultural, que fue expandiéndose poco a poco. Esta operación se reveló con el paso del tiempo como la medida que mayor éxito y casi mayores posibilidades de tergiversación proporcionó al franquismo. Recuérdese la ficticia entrada que, de cara a una enciclopedia del futuro, imaginó Vázquez Montalbán.¹⁷

En último término es a este agarradero al que se aferran Payne/Palacios (p. 640):

16. Uno de los méritos de Cazorla, 2015, pp. 251-254, es haber contrapuesto la campaña de los «XX años de paz» que se celebró poco antes. Es difícil encontrar tal rastro de estupideces tan concentradas como en dicha campaña.

17. Creo, no obstante, que cabe discrepar de la caracterización que hace este autor de la etapa desarrollista como neocapitalista. ¡Ya se encargaron los capitalistas autóctonos, no demasiado avanzados, de que no se amenazaran sus posiciones de poder!

Franco podría considerarse no solo el gobernante individual más poderoso de la historia de España, sino también el modernizador definitivo de su país y el líder que alcanzó mayor éxito de todos los aspirantes a las «dictaduras de desarrollo» del siglo xx.

¡Que no se diga! Una de los problemas de muchos autores anglosajones que pontifican sobre el pasado español, y en particular sobre la dictadura, es que no tienen en cuenta dos principios elementales. El primero, que parece reservado a lectores con elevado coeficiente intelectual, es el «coste oportunidad». El segundo, la situación geoestratégica de España. De acuerdo con el primero, el minúsculo crecimiento de la economía española hasta 1959, agarrado por la autarquía y la inflación, no da la impresión de formar parte constitutiva de la política de Franco, a pesar de que duró prácticamente veinte años, es decir, más de la mitad de su mando. Por consiguiente, descuentan todas las aberraciones, distorsiones, incrementos de la tasa de ganancias del capital y, por tanto, de la explotación de una mano de obra o esclavizada (los vencidos) o sometida a un régimen cuasimilitar. Tenemos ahí, por ejemplo, a Treglown ensalzando las obras públicas de Franco, en particular la construcción de presas. España necesitaba agua, afirma, y los pantanos fueron la solución que la pusieron en el camino del crecimiento y de la prosperidad. No espere el lector referencia o el menor encuadramiento histórico de tan benemérita actividad, cuyo origen parece que encuentra en la mente luminosa del Caudillo.

El segundo principio es que difícilmente podría dejar de resultar atractivo un mercado de 25 o 30 millones de consumidores situado al ladito mismo de la Europa democrática. Ya lo había sido para la inversión extranjera desde el siglo xix, a pesar de todas las debilidades del Estado liberal, o quizá por ellas. Lo extraño, y que no explican tales autores neofranquistas, es por qué exactamente Franco pegó el cerrojo a la interacción con el exterior y lo mantuvo a todo trance contra viento y marea. Menos importancia, sin embargo, tuvo durante los años de la autarquía el tradicional papel de exportadora de materias primas esenciales para empresas extranjeras en tiempos de rearme o de industrialización acelerada. Si España hubiera estado en los Balcanes, como especula Beevor al identificar el destino que le hubiese aguardado caso de haber ganado la guerra civil los «sovietizados» republicanos, parece obvio que el interés de la Europa democrática se hubiera manifestado con la misma intensidad que correspondió a Bulgaria, por poner un ejemplo. Es decir, cero.

v) *En la represión cultural y de género*

Finalmente el quinto eje diamantino respondió a la realidad de que un régimen dictatorial y poco interesado en asumir los embates de la modernidad, que se intensificaban fuera de sus fronteras, no podía hacer gala de un talante que favoreciese la aparición y el desarrollo de una sociedad civil cultural, política e ideológicamente diversificada. Antes al contrario. Hoy ya se ha olvidado mucho. Pero, como oportunamente recuerda José-Carlos Mainer:

En los comienzos de la Alemania nazi, la «limpieza» del personal de las Universidades fue acompañada de las destrucciones en las bibliotecas, la retirada de libros prohibidos en las librerías y las quemas públicas de volúmenes en catalán, euskera o gallego.

Hay que decir que con el entusiasmo delirante de una Iglesia que no había logrado ni querido superar los dogmas de Trento. Al público se le mantuvo «en perpetua minoría de edad» aunque, eso sí, la misma Iglesia se preocupó amorosamente de velar por su eterna salvación. La histeria llevó al extremo de colocar en el *Índice de libros prohibidos*, en espectacular crecimiento, varios de Unamuno, entre obras señeras de la literatura y filosofía universales. ¿El resultado? El corte cultural con el entorno. No se subrayará lo suficiente el papel de la Iglesia nacionalcatólica en la castración intelectual de España. Todavía seguimos pagando el precio y sobrellevando el coste.

Desgraciadamente para los pastores, incluso los del Opus Dei, en los años sesenta no era ya posible practicar la «autarquía cultural» pero tardó mucho en saberse algo realmente sustantivo de la evolución intelectual europea y norteamericana, caracterizadas por una «literatura sucia, inmoral, amargada y falsa». ¹⁸ Pero si no se copiaron los autos de fe de aquella época imperial e inquisitorial, no por ello la represión contra los enseñantes, a todos los niveles, desde la primaria a la universidad (destituciones, cárcel, exilio, destierro, a veces alguna que otra ejecución *pour la bonne forme*) dejó de tener una sustantividad tal que la educación española perdió décadas enteras. Todavía hoy estamos pagando las consecuencias. ¹⁹

18. Mainer, pp. 247-249. En palabras de este autor: «La desconfianza del franquismo hacia lo extranjero fue la de toda una sociedad —o, por ser más precisos, de un buen sector de la clase media pensante— hacia la Europa desmoralizada y enloquecida que pintaban con tintas sombrías los medios de comunicación». Se combinaron el adanismo cultural, el trascendentalismo ingenuo y la suspicacia patriótica.

19. El reciente libro de Gregorio Morán profundiza en esta conexión, válida hasta los primeros años de la transición.

La dictadura combinó en torno a este eje varios rasgos fundamentales. El primero fue la represión de la libertad de expresión y de publicación. Hasta bien entrados los años sesenta se mantuvo una legislación auténticamente de guerra (debida a Ramón Serrano Suñer). La ley de prensa, impulsada por el ministro de Des(Información) Manuel Fraga Iribarne (hoy poco menos que elevado al Olimpo por ciertos sectores de la sociedad española), se quedó muy por detrás de cualesquiera muestras legislativas que, salvo Portugal, pudieran exhibirse en todos los países europeos occidentales. Quienes no comulgaban con ruedas de molino podían, eso sí, en la medida de sus posibilidades económicas, adquirir receptores de radio modernos con los que escuchar emisiones prohibidas. Durante muchos años las de la BBC, la «Pirenaica» y Radio Francia fueron un auténtico respiradero.²⁰

El segundo, en el mismo ámbito, fue un combate incesante, con medios cada vez más sofisticados, por mantener el canon histórico. Planteado como un grito contra la desintegración de España, contra la larga mano de Moscú y contra las asechanzas de la izquierda internacional, solo en las postrimerías de la dictadura empezó a aparecer alguna que otra obra que no comulgaba con las interpretaciones tradicionales. Estas últimas fueron las que sistemáticamente destruyó Southworth en el preciso momento en que, por razones comerciales, el régimen buscaba algún tipo de conexión con el proceso de edificación de la que después llegaría a ser la Unión Europea.²¹ En este ámbito la editorial Ruedo Ibérico, asentada en París, se labró una bien merecida fama desde principios de los años sesenta. En ella se publicaron obras que fueron desmontando los mitos históricos, culturales y sociales franquistas. Muchos hicieron su agosto importándolas de contrabando y distribuyéndolas por librerías especializadas que las guardaban en el trastero y vendían a clientes seleccionados.²²

A lo largo de todo el período, si bien hubo que contornear tentaciones de ayer (el coqueteo con los planteamientos fascistas o nacionalcatólicos) que podían ser inadecuadas para mañana, nunca varió la exaltación española y la defensa exacerbada de la unidad de la PATRIA, acechada por

20. Las tres se escuchaban en casa de mis padres. Yo añadí, a los quince años, Radio Estocolmo y desde entonces siempre he sentido una gran atracción por la literatura sueca.

21. Sigue siendo fundamental para comprender dicho canon, en versión prístina, su obra reeditada en numerosas ocasiones desde su aparición en 1964. Es fácilmente consultable en la edición del profesor Preston, 2011.

22. También había otras que disponían de ellas para surtir a la burguesía del régimen con aspiraciones intelectuales. Los mandos del Ministerio de (Des)Información nunca pudieron quejarse.

múltiples conspiraciones internas y externas. Representativas de ello podrían ser, como ha destacado Mainer, la revitalización por el nunca suficientemente alabado ministro de (Des)Información, Manuel Fraga, de la vieja revista falangista *El Español*, en 1962, o la de *¿Qué pasa?*, en 1964, «donde se vapuleaba a los viejos enemigos pero también se criticaba la lenidad del gobierno y su abandono de las viejas trincheras». No tuvieron demasiado éxito en comparación con las que emergieron y que llevaron a que en la segunda mitad del decenio de los sesenta se impusiera «la inapeable derrota cultural del franquismo».²³

Otra cosa casi nada subrayada en la abundante «historiografía» neo-parafranquista (y también ausente en la tan alabada obra de Payne/Palacios) es la represión de género. No fue necesario esperar a que, como en otros países del mundo occidental, estallara la historia de tal índole en los años sesenta. Formó parte integrante de la represión de la dictadura por razón de su propio origen. En primer lugar, como trasunto casposo de la política nazi, aplicada con características especiales. Aunque la máxima que habitualmente se atribuye a los nazis, *Kinder, Küche, Kirche* («niños, cocina, Iglesia»), tenía profundas raíces en la Alemania guillermina, no es menos cierto que ellos mismos se preocuparon rápidamente de crear una organización femenina *ad hoc*. En un famoso discurso de 1934, Hitler proclamó que para la mujer alemana «su mundo es su esposo, su familia, sus hijos y su hogar», a raíz de lo cual la propaganda goebbelsiana se desató en favor de la subordinación de la mujer y su papel de progenitora de muchos bebés, cuantos más mejor, destinados a convertirse en fervientes soldados de la Wehrmacht. Para los «cruzados» españoles la máxima podría, probablemente, invertirse en «Iglesia, cocina, niños», porque el «nuevo Estado» no tardó en lanzarse a políticas natalistas que no lograron evitar los límites impuestos por una contracepción inerradicable, a pesar de las durísimas penas implantadas contra el aborto y copiadas casi literalmente del código penal fascista.

Se trata de una represión que nunca se canalizó por las instancias del partido único. Desde el primer momento en ella se reflejó, en toda su grandeza e intensidad, el carácter hiperreaccionario de la Iglesia española. No olvidemos que una gran parte de la evolución política del catolicismo patrio se explica por el deseo de echar para atrás las reformas introducidas durante la denostada República en materia de separa-

23. Mainer, pp. 256 y 260. El lector buscará en vano análisis de este período si se deja conducir por Treglown. Véase una reseña crítica de tan vanagloriado autor por Helen Graham, *The Guardian*, 21 de marzo de 2014.

ción Iglesia-Estado, aspiración a establecer la igualdad de género o cambios en el régimen de la familia. La lucha contra la abominación del divorcio, rechazado ferozmente bajo la dictadura, puso en movimiento a los activistas que predecían el final de la familia tradicional, la eclosión del amor libre y, en definitiva, la ruina de la sociedad. La Iglesia insertó profundamente su estilete en la adaptación de las instituciones fascistas de domesticación y subordinación de la mujer y no hizo demasiados ascos a su explotación laboral. La familia fue elevada a la categoría de «célula básica del cuerpo del Estado y de la comunidad», «una institución natural con prerrogativas y derechos específicos que iban más allá del derecho humano [...], primera unidad de la organización social».²⁴

Esta enumeración de ejes permite identificar en el franquismo una clara unidad, por muy divergente que fuese la evolución real de la sociedad con respecto a los presupuestos y deseos de los círculos del poder. No conocemos ningún otro régimen en la Europa occidental en que se hayan dado cita simultáneamente todas estas características y que no fuera fascista.

UN PASADO PROFUNDAMENTE DISTORSIONADO

Hay, al menos, seis mecanismos que sustentaron los esfuerzos por presentar una visión distorsionada del pasado que recuerda extrañamente a las propiedades de la moldeable pastilina. Funcionaron, sin solución de continuidad, desde 1936 a 1975.²⁵ Pueden desglosarse en dos grandes categorías, según que enfatizen los aspectos anticipativos o positivos de la obra de Franco y de su régimen. Las afirmaciones anticipativas más características fueron las siguientes:

- Franco contribuyó de forma decisiva al golpe militar preventivo que, en 1936, evitó que España cayese en las garras del comunismo.²⁶

24. Nash, p. 205. Esta autora ha resumido la «guerra» del franquismo contra la mujer (sobre todo, la «roja»), en un notable trabajo basado en una historiografía afortunadamente en imparable ascenso.

25. Han reaparecido de nuevo en varias entradas del *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia. Algunas de militares, debidas a un presunto historiador completamente desconocido llamado José Martín Brocos Fernández, se llevan la palma.

26. Hubo una época en que también se incluía al trotskismo. El carácter de la insurrección obrera de Asturias de 1934, tal y como lo intuyó José Antonio Primo de Rivera

- Franco se puso al frente de un movimiento salvador contra unas autoridades deslegitimadas por razón de su origen y de su ejercicio y que toleraron, cuando no alentaron, los desmanes que se produjeron durante el período de gobierno del Frente Popular.
- Esta la tesis central que, impertérrito, sostiene Payne desde hace años. Todavía lo hace hoy en su biografía de Franco escrita al alimón con Jesús Palacios. Cuando Ricardo de la Cierva era director de la Editora Nacional, antes de pasar a director general de Cultura Popular y, por ende, jefe de la censura, ya alertó —presciente— a sus superiores sobre la significación potencial de Payne: «Gran hispanista [...] coincide con *nuestra* tesis básica sobre la desintegración de la República y la necesidad de acabar con todo aquello [...]». También subrayó «la línea favorable en que, desde hace ya más de cinco años, está colocado». De hacer caso a esta, en su momento, más que significativa evaluación, Payne empezaría a ver la luz radiante que emanaba del pasado en torno a 1967,²⁷ hace la friolera de más de cuarenta y cinco años.
- Franco se adelantó a su época y, centinela de Occidente, hizo que España prestase una contribución esencial a la lucha titánica que los Estados Unidos lideraron contra el imperialismo y la subversión soviéticos.

En la segunda categoría, las afirmaciones de signo positivo fueron:

en su conocida carta del 24 de septiembre de dicho año, pareció trotskista a Franco. A Suárez Fernández no se le ocurre criticarla o glosarla y la mantiene todavía, sin inmutarse, casi ochenta años después. Véase su entrada sobre Ramón Serrano Suñer en el ocasionalmente inefable *DBE*. Payne/Palacios, p. 172, han hecho suya otra fórmula: no se llevó a cabo contra el comunismo sino contra «los dirigentes revolucionarios antes de que se hicieran con el control del Estado español o, en su defecto, antes de llegar al caos absoluto». Es un trasunto de la postura oficial de la dictadura desde principios de los años sesenta, que popularizó Ricardo de la Cierva y que puso a un PSOE «bolchevizado» en el ojo del huracán. En su momento —nada hay nuevo que no se haya dicho sobre este tema por parte franquista o neofranquista— ya lo resumió Giménez Martínez, p. 54, tal y como sigue: «La legitimidad de origen se expresó oficialmente diciendo que el “Alzamiento Nacional” de 1936 “de ningún modo” podía ser calificado “como una rebelión contra un Estado de Derecho”; sino como “el uso de un legítimo derecho de defensa por las fuerzas sociales del país que no estaban comprometidas en la vasta conspiración revolucionaria que, en los primeros meses de 1936, había logrado sumir a España en un caos revolucionario”». La fuente es un folleto delicioso, *España, Estado de Derecho*, publicado por el denominado Servicio Informativo Español, 1964, tutelado por el ministro de (Des)Información por excelencia.

27. Viñas, 2012*b*, pp. 337s. Las itálicas son nuestras.

- La política de Franco consiguió que España permaneciera al margen de los horrores y de la devastación de la segunda guerra mundial.
- La política de Franco propició un proceso de desarrollo económico sin igual en la historia de España.
- La política de Franco fomentó la paz entre los españoles.

Quizá merezca la pena echar un vistazo a lo que se esconde detrás de cada una de tales afirmaciones.

i) La contribución de Franco a la preparación del golpe preventivo anticomunista

El 18 (en realidad, 16) de julio²⁸ habría tenido un sentido preventivo. España se había convertido en presa fácil para el comunismo y se preparaba una revolución sovietizante. Así se afirmó en las primeras grandes obras de la «historia» de la guerra firmadas por autores como Joaquín Arrarás, Manuel Aznar y Pedro María de Lojendio. Seguía aflorando a final de los años sesenta en aquel monumento de desinformación que escribió, de cara a un público conservador británico, Luis Bolín, uno de los propaladores de las órdenes de Franco sobre la presunta autodestrucción vasca de Gernika. Hoy la ha revivido Luis E. Togores, en la tradición de la mejor escuela franquista:

En la primavera de 1936 eran ya muchos los militares convencidos de que lo único que libraría a España de su disgregación, y de caer en manos de una dictadura marxista similar a la que sufría Rusia desde hacía ya más de quince años, era una acción armada encabezada por el Ejército.²⁹

En tal proposición mítica, pero absurda, siempre comulgaron los grandes escritores de la dictadura como el prolífico policía Eduardo

28. Fecha en que se produjo el más que verosímil asesinato del general Amado Balmes, comandante militar de Gran Canaria. El probable asesino gozó posteriormente del correspondiente trato de favor. Dejo a los cantamañanas de las «glorias» de la dictadura el cuidado de bucear en los archivos y de identificarle. Ya ofrecí en mi tratamiento del tema suficientes pistas (2012b) y volveré a ello en el capítulo V.

29. 2010, p. 171. También ofrece «pruebas» «extraídas», no se sabe cómo, de las discusiones de la Komintern. Son totalmente falsas. De manera menos grotesca, el mismo planteamiento subyace a Payne/Palacios.

Comín Colomer. La apoyaron los «historietógrafos» militares. Véase, a tal efecto, el jugoso análisis contenido en el primer volumen de la síntesis histórica de la que siempre se denominó «Guerra de Liberación», publicada poco después de terminado el segundo conflicto mundial por el Servicio Histórico Militar.

Con independencia de las raíces históricas patrias sobre el comunismo, origen de todos los males, que han examinado entre otros Alberto Reig, Hugo García y Fernando Hernández Sánchez, las supercherías franquistas sobre la conspiración comunista tienen un extraño paralelismo con las mentiras y calumnias que propagaron Hitler, Göring y Goebbels y que apoyó la extrema derecha alemana en 1933. El incendio, debido a los nazis mismos, del Reichstag el 27 de febrero, al mes de ascender Hitler a la Cancillería, se presentó como una primera prueba evidente, reforzada por el «descubrimiento» de «toneladas» de documentación en la sede central del partido comunista de materiales subversivos con detallados planes para la revolución bolchevique. Naturalmente los nazis nunca los hicieron públicos.³⁰ No fue necesario. Los sublevados españoles, por el contrario, sí se sintieron obligados a desparramar por las cancillerías, y luego por el mundo, los que habían inventado.

La censura prohibió las primeras historias de autores extranjeros (Hugh Thomas, Gabriel Jackson) que respetaban los hechos. Indujeron por lo demás la creación de la denominada Sección de Estudios sobre la guerra civil en lo que propiamente cabría denominar como Ministerio de (Des)Información. Un ministerio orwelliano.³¹

El golpe de Estado, bajo la dirección del general Mola, uno de los más feroces representantes de los militares ni reconvertidos ni reconvertibles,³² no se preparó según la fórmula de pronunciamiento tradicional. Dos rasgos lo diferencian claramente. En primer lugar, su voluntad de dar un tajo sangriento que descabezara cualquier veleidad de oposición eficiente. En segundo lugar, su relación con potencias extranjeras de las que se es-

30. Véase el reciente trabajo de Bahar y Kugel.

31. Otro diplomático franquista, metido a historiador, se dedicó a la tarea de blanquear las interpretaciones. Dio la primacía al Ejército que se habría rebelado contra toda la clase política, de izquierdas, de derechas y de centro. Naturalmente, disminuyó la significación de los lazos con el exterior y cayó víctima —nada inocente— de los «camelos» que le contaron sus «fuentes» alemanas. Véase Olivie, 1992, pp. 269 y 287. Demostrar las falacias, errores y estupideces de tan preclaro autor alargaría esta obra en demasía.

32. Como muestra de que en 2013 ciertas cosas siguen sin cambiar, véase la mirífica biografía que de Mola ha publicado el ya fallecido general Rafael Casas de la Vega en el *Diccionario Biográfico Español*.

peraban ayudas o benevolencia: la Italia fascista y la Alemania nazi, en primer lugar, pero también con las autoridades británicas bajo un Gobierno conservador. No siempre, claro, con la misma intensidad.³³

Se trata de una temática que tiene detrás de sí una copiosa literatura. Hoy las líneas fundamentales están bien perfiladas, aunque queden varios aspectos por descubrir. Es una tarea difícil porque dice poco a favor de la monarquía. Sus servidores de la época (políticos como José Calvo Sotelo, Antonio Goicoechea y Pedro Sainz Rodríguez), amén de militares (generales Alfredo Kindelán y Luis Orgaz y el teniente coronel Valentín Galarza), contribuyeron a poner en marcha una negociación con la Italia fascista tras las elecciones generales de febrero 1936. Se basaban en contactos previos con los dirigentes del fascismo italiano que se remontaban a 1931. Su traducción fueron los contratos de suministro firmados el 1 de julio de 1936 de casi cuatro docenas de aviones (bombarderos, cazas, hidroaviones) que, evidentemente, no estaban destinados a apoyar una mera sublevación. Apuntaban a sentar las bases para una confrontación militar en toda regla; es decir, una guerra civil.³⁴ Y en cuanto al Tercer Reich todavía no sabemos si el famoso viaje del general Sanjurjo y del teniente coronel Beigbeder a Berlín en la primavera de 1936 quedó, como siempre se ha especulado, sin consecuencias o si, por el contrario, condujo a ciertos contactos de alto nivel de los que habrían querido aprovecharse los carlistas o algunos militares. Hasta el momento nadie, que yo sepa, ha profundizado en las nuevas pistas que ofrecí en 2013.

Obsérvese en todo caso que en el origen de este tipo de gestiones no participó para nada un Franco alejado en Tenerife y que se llevaron a cabo independientemente de lo que aconteciera o no en la Península en el curso de la primavera de 1936. Cabe pues argumentar, *a sensu contrario*, que la creación de una atmósfera de intenso desorden público fue una condición coadyuvante para espesar el caldo de cultivo que nutría la conspiración desde el triunfo electoral de las izquierdas en febrero.

Como era de prever, y algunos de los conspiradores previeron, el golpe de Estado para adelantarse a la presunta revolución fracasó militarmente y el accidente que costó la vida a Sanjurjo lo dejó descabezado. Se creó, de pronto, un vacío político en el que Franco se zambulló de cabeza

33. Este rasgo apenas si aflora en Payne/Palacios. Una casualidad.

34. Todo esto se desarrolla, con apoyo en evidencia primaria relevante de época reproducida fotográficamente, en mi trabajo incluido en el libro coordinado por Sánchez Pérez, 2013. Ni que decir tiene que Payne/Palacios lo ignoran. Otra casualidad y también una demostración palpable de su tendencia a no entrar al toro siempre que es posible.

con toda rapidez, gracias a la ayuda en particular de un general monárquico, Alfredo Kindelán. Sin duda entrevió un horizonte a mucho más largo plazo que sus compañeros de aventura.

ii) *Franco da un paso al frente*

El Gobierno resistió, mal que bien, al golpe y la República no desapareció barrida por la fuerza de las armas. En consecuencia, los mitógrafos pronto engarzaron tres temas que siguen resonando en la literatura neofranquista. El primero fue que la revolución que estalló inmediatamente permitía constatar lo bien fundado del movimiento preventivo. La aplicación sistemática de la fórmula *post hoc ergo propter hoc* nunca se ha reconocido. Ni ayer ni hoy.

El segundo tema enlazó tales llamaradas revolucionarias con la situación de antes de la sublevación. ¿Conclusión? No habría habido ninguna solución de continuidad.³⁵ De aquí que todavía se levanten voces que afirman que, en puridad, la guerra no empezó en julio de 1936³⁶ sino que hay que remontarla, por lo menos, a la insurrección obrera de 1934. Esto ya quedó inscrito con carácter de ley mosaica en el *Dictamen sobre la ilegitimidad de los poderes actuantes en fecha del 18 de julio* promovido por el ministro Serrano Suñer. Naturalmente con las mejores intenciones «científicas» o «históricas» posibles.

El tercer tema fue que, habiendo abdicado de su responsabilidad por el mantenimiento de la ley y el orden durante la «primavera sangrienta», el Gobierno frentepopulista [*sic*] habría renunciado a cualesquiera títulos de legitimidad que le hubiesen asistido.³⁷ Y, en particular, fue el asesinato (técnicamente homicidio) de José Calvo Sotelo lo que le animó a dar el paso al frente del que Franco temporalmente se habría retraído. Todo ello es impugnable con la evidencia empírica, debidamente contextualizada. En cuanto a lo primero, Eduardo González Calleja (ninguneado mise-

35. El continuismo también lo destacan algunos historiadores en relación con la política hacia la Iglesia en los años de paz y la masacre de religiosos que se produjo, sobre todo, en los seis meses siguientes a la sublevación.

36. En el segundo tomo de la historia de la «Guerra de Liberación» del Servicio Histórico Militar, que no fue publicado, se hace una nítida distinción entre la sublevación y sus consecuencias y la guerra misma, que no habría surgido sino meses más tarde. Fue una postura absolutamente correcta.

37. Payne/Palacios, pp. 129-132 y 135, recuperan auténticas joyas ideológicas, próximas a los postulados de la derecha más ensoberbecida de la época.

rablemente por Payne/Palacios) ha estado a la cabeza de otros investigadores que han desmontado las exageraciones «historietógrafas». En lo que se refiere a lo segundo, el asesinato ordenado por Franco del comandante militar de Gran Canaria, general Amado Balmes, con una preparación que se inició mucho antes de la muerte violenta de Calvo Sotelo, permite sugerir que el comandante general de Canarias se había sumado a la sublevación hacia mitad de junio (como en su momento, aunque quizá sin grandes alardes, reconoció incluso algún historiador nítidamente profranquista).³⁸

Son, en todo caso, temas perennes. Se encuentran en la literatura apologética de la época, imprimieron un sello de ortodoxia a lo que se enseñó a dos o tres generaciones de españoles y en los últimos años han resucitado de nuevo. Debemos reconocer, en este ámbito, el hercúleo esfuerzo desplegado con singular denuedo por el profesor Payne, inasequible al desaliento.

iii) El papel del anticomunismo

La política de orden y unidad que pronto se implantó en la zona sublevada, en medio de matanzas controladas por el Ejército, contrastó con el caos y desafío de la autoridad tras el colapso del aparato gubernamental. Las imágenes del «terror rojo», convenientemente abultadas, hicieron olvidar las del «terror blanco». Generaron un proceso de retroalimentación de prejuicios, particularmente en los medios conservadores en el Reino Unido y en su Administración, y provocaron numerosos efectos perversos. Preocupados por la aparición de una revolución «parasoviética», la ira desatada en los meses de agosto y septiembre potenció todo tipo de preconcepciones sobre la inestabilidad estructural de la República, la inadecuación de los españoles para la democracia y el ansia de sangre (a lo que algunos, como el cónsul general británico en Barcelona, añadieron también la afición a las corridas de toros además de la leyenda negra y la Inquisición).

Franco se aprovechó de ello hábilmente y presentó la situación como resultado de la «penetración» soviética.³⁹ Cuando Moscú terminó apo-

38. No tengo que señalar que Payne/Palacios desprecian lo que denominan «teoría de la conspiración», pero no ofrecen otra cosa que su rechazo.

39. Sin olvidar el apoyo que a tal efecto le prestaron algunos prelados, como el cardenal Gomá, y después la Iglesia católica española en su conjunto. Olivie, p. 270, siguió

yando a la República,⁴⁰ la «defensa de la Patria» adquirió caracteres sobrenaturales como lucha anticomunista o guerra de liberación *avant la lettre*. Una repetición de 1808. Este mensaje se declinó en todas las formas y variaciones posibles y se adaptó a la coyuntura hasta el punto de que la postura oficial sostuvo que en la posterior segunda guerra mundial se dieron cita nada menos que tres conflictos. Uno, el más importante, de defensa de la civilización cristiana ante las hordas bolcheviques y en el que España no podía permanecer neutral (de ahí la División Azul). Otro, que enfrentaba a los aliados con las potencias del Eje, en el que España no era beligerante. Y un tercero, en el Pacífico, en el que poco tenía que decir.

El anticomunismo se esgrimió en todos los tonos y a todos los niveles. Su hipertrofia permitió a Franco enlazar con la nueva dinámica de la política internacional al comienzo mismo de la guerra fría y dejar que se le pintara como «el Centinela de Occidente», un centinela que nunca se había movido de su sitio porque siempre había estado en primera fila, alerta contra el bolchevismo. En estas condiciones, Estados Unidos terminó aceptando por fin en toda su pureza la luz cegadora de la visión del Caudillo y no dudó en apoyarlo (como las potencias del Eje habían hecho a partir de 1936). Al tiempo, la inversión en la lucha contra el comunismo ateo y destructor justificó las oleadas de represión, algo más sofisticadas, que, por lo menos hasta los años sesenta, rompieron la espina dorsal de la despreciada izquierda española y dificultaron sus posibilidades de organizarse con eficacia sistémica.

Ahora bien, estas afirmaciones negativas, aunque necesarias, nunca fueron suficientes.⁴¹ Toda dictadura precisa emitir mensajes positivos. La de Franco se aplicó con afán a difundir otros tres cuentos de la lechera. Son, por cierto, los que hoy recuerda y subraya una derecha que no ha logrado desconectarse del pasado por el que transitaron muchos de sus antepasados. El primero fue, sin duda, la no participación en la segunda guerra mundial, tema que abordaré en un próximo libro. El segundo fue

ligando la intervención soviética a una fantasmagórica reunión de la Komintern en Praga el 26 de julio de 1936. No fue el último.

40. Lamentablemente también Cazorla, 2015, p. 94, ignora la literatura relevante al respecto. Su tajante afirmación, p. 97, de que Stalin dejó de enviar armas a la República no está corroborada documentalmente.

41. Para algunos historiadores, sobre todo extranjeros, da la impresión de que sí. Las especulaciones, por ejemplo, de Antony Beevor, sobre el futuro de España, caso de haber ganado la República, son espeluznantes. Habríamos terminado como un país balcánico cualquiera. Podría escribirse un ensayo sobre este tipo de interpretaciones que siguen vehiculando políticos y periodistas en España y en el extranjero. Es también una construcción que aflora en numerosos comentarios en la red siempre amparados en el anonimato.

el de haber creado el «milagro» económico español, que ya he analizado en otros. El tercer mensaje es lo que denominaré «la batalla de la paz».

En relación con la expansión económica los datos formales no se discuten demasiado. Lo que está en discusión es su origen y, sobre todo, su interpretación: la mentalidad cuartelera del Caudillo entendía que una economía interrelacionada con el exterior era, por definición, vulnerable. Sin embargo, la que él prefería (con el conocimiento profundo de la realidad económica española que se autoatribuyó en repetidas ocasiones) lo era mucho más y no generó durante tiempo significativos resultados. Se olvida, por ejemplo, que hasta 1951 no se superó el PIB de 1935 y que en aquel año el PIB per cápita solo suponía algo más del 87 por ciento del de 1929, que ya es decir. En los años cuarenta el PIB real aumentó a una tasa acumulativa del 1,17 por ciento anual o de 0,36 por ciento en términos per cápita.⁴²

Aunque es cierto que en los años cincuenta la economía creció, lo hizo mal. En contra de lo que cabría suponer, los gastos militares superaron constantemente a los gastos económicos desde 1951 hasta 1957 en términos porcentuales. Los desbarajustes en la producción y del comercio exterior, así como los cambalaches cambiarios, los identificamos ya en 1979 gracias a la documentación interna generada por la dictadura y a finales de aquel decenio se revelaron con toda su devastadora crudeza. No tema el lector: el arcano profundo que encierran estos datos no es algo que haya atraído la menor atención por parte de Payne/Palacios. Tampoco es de extrañar que la posición de divisas se considerase poco menos que como un secreto de Estado, pero en la primavera de 1959 todos los ministros sabían que se había situado en números rojos.⁴³ A la puerta de las nacientes Comunidades Europeas revolotearon de nuevo, inquietantes, los fantasmas del racionamiento o de la imposición de férreas medidas de economía de guerra. El gran conductor tiró la toalla y el resto es historia. Historia salpicada.

La desconfianza hacia el exterior se sustituyó por la demanda de apoyo de los organismos económicos internacionales (FMI, OCE, Banco Mundial). A la introversión, sustitución de importaciones y reserva de mercado para la producción interna las reemplazó la entrada, lenta, en

42. Maluquer, pp. 211s.

43. A pesar de estar algo anticuado en numerosos aspectos sigue siendo muy útil el análisis de la marcha hacia el giro copernicano de la estabilización y liberalización que se contiene en la obra colectiva que tuve el honor de dirigir, en 1979, en base a la evidencia primaria relevante de época.

los mecanismos de la división internacional del trabajo. Al recelo hacia el extranjero se le dio la vuelta como a un calcetín tras la apertura al *boom* turístico, cuyos multiformes efectos ha estudiado Pack. A las draconianas leyes de protección de la industria nacional emanadas de la inmediata posguerra se las flexionó para aceptar el fenómeno de las aportaciones del capital procedentes del extranjero. El nacionalismo económico (falangista/fascista, conservador o, simplemente, vasco-catalán) aprendió poco a poco a convivir con la competencia internacional.

¿El resultado? El coste en términos de paro se aminoró gracias a la exportación de mano de obra a la Europa occidental *pero la liberalización se redujo en ritmo en cuanto fue posible*. El sector bancario se negó en redondo a abrir sus puertas demasiado. Los contingentes y el comercio de Estado volvieron a levantar cabeza. Aun así, gracias a las remesas de inmigrantes, los ingresos turísticos y la inversión procedente del exterior la economía contorneó sus dificultades estructurales en materia de desequilibrio exterior. Incorporada a la división internacional del trabajo en el período de expansión de los países industrializados occidentales se utilizó y generó crecimiento. A su calor fue apareciendo una modesta nueva clase media, en sectores a veces bastante despolitizada y más atenta al futuro que al pasado. En definitiva, Franco creó un factor de estabilidad por el que las sucesivas generaciones, se afirma, deberían estarle eternamente agradecidas.

Poco o nada de lo que antecede lo quiso Franco. A lo más, lo toleró, ayuno de conocimientos y de curiosidad intelectual. Tampoco lo quisieron sus más cualificados adláteres. Prácticamente hasta el final de los años cincuenta Franco, Carrero Blanco y Suanzes, entre otros, siguieron creyendo en las virtudes taumatúrgicas de la industrialización sustitutiva de importaciones (una vez que las invocaciones ideológicas a la autarquía fascista se habían pasado de moda), en el forzamiento de la producción interna y, en último término, en el encanto de un cierto aislamiento. En su primera alocución a la recién creada Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos Económicos, el 15 de marzo de 1957, el gran estrategia se descolgó con un canto a las virtudes del guayule, planta que crecía en las desérticas tierras almerienses, como mecanismo que podía solucionar la dramática carencia de caucho y que amenazaba con paralizar los transportes.⁴⁴

44. No es casualidad que esta alocución, que vi a finales de los años setenta como aneja al acta de la reunión, haya desaparecido de los archivos de la Presidencia del Gobierno. Por los papeles de la alta Administración ha correteado siempre algún duendecillo

Índice general

<i>Prólogo</i>	11
1. UN PASADO DE PLASTILINA	21
La dictadura como unidad histórica	21
Un pasado profundamente distorsionado	34
El necesario esclarecimiento y la cuestión del «seudorrevisiónismo»	46
El Caudillo hace trampas al solitario.	55
Anegado en sangre pero antimasónico «Centinela de Occidente».	64
2. FRANCO Y EL <i>FÜHRERPRINZIP</i>	77
¿Cómo caracterizar la dictadura?	77
El <i>Führerprinzip</i>	88
Hay que lavar el cerebro de inocentes criaturas ya en la infancia	91
La deseable organización del Estado según Carrero Blanco	100
¡Caudillo, ordena! Te seguimos	103
Franco continúa, dale que te pego, agarrado al <i>Führerprinzip</i>	108
El Franco pleno del <i>Führerprinzip</i>	114
Una amplia paleta de aplicaciones del <i>Führerprinzip</i>	124
La utilización del « <i>Francoprinzip</i> » en la posguerra mundial	132
El <i>Führerprinzip</i> en el ocaso de la dictadura	141
La cuestión del totalitarismo.	145
Franco, titán del pensamiento político	150

3. LA BASE MILITAR Y EL MODELO DE DISUASIÓN DE FRANCO	155
El enemigo auténtico es el de casa	156
La borrosa tentación del ataque	160
Los despliegues y sus más que significativos soportes	165
La difusa aportación norteamericana y los primeros esfuerzos de modernización	176
Una guerra de tebeo	184
El discreto encanto de la contrainsurgencia	188
Nace el CESEDEN. Una renovación aquietada	192
La conclusión analítica	196
4. LA QUERENCIA PRONAZI DE FRANCO TRAS LA VICTORIA.	203
«Olvidos» interesados y opiniones en los círculos del poder franquista	204
Cinco presupuestos de partida	208
Empieza el viraje hacia el Tercer Reich	216
Cómo no resolver el estrangulamiento exterior de la «nueva España»	231
Navegación en un entorno proceloso	237
Se acerca el conflicto europeo	246
Una faceta antisemita	253
Un nuevo Gobierno para afrontar la guerra	256
En la recta final florece el deslumbrante genio del Caudillo	262
Medidas militares secretas con el Tercer Reich	269
Gibraltar: hay que preparar el ataque	274
5. FRANCO SE HACE MILLONARIO EN LA GUERRA Y EN LA POSGUERRA DE LA REPRESIÓN.	281
Afirmaciones tajantes y proyección	282
<i>Money, money</i>	285
¿Hitler como ejemplo?	289
Un descubrimiento ajeno y sus consecuencias	292
Cuentas corrientes muy peculiares	298
Regalos a ministros, clérigos, aliados y generales	311
El muy ácido test de la OPERACIÓN CAFÉ	314
Una mecánica desconocida	321
Un nuevo millonario	326
¿Quiso Franco extender el cáncer entre sus generales?	330
El agradecimiento de Telefónica	333

Un sueldo no basta. Tampoco dos.	336
Preguntas, demasiadas preguntas	343
El matrimonio Franco y Valdefuentes, S. A.	348
SEJE y la ingeniería jurídica de la época	355
Cuestiones abiertas	358
Franco fue ley incluso en asuntos propios	362
<i>¡Heil Franco!</i>	370
<i>Conclusiones</i>	379
<i>Anexos</i>	389
<i>Índice de siglas</i>	401
<i>Fuentes primarias y bibliografía</i>	403
<i>Índice onomástico y analítico</i>	421